



¿“Cesó la horrible noche”?  
Movilización social, violencia y terror

Mateo Quintero López  
Estudiante de Historia  
Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín

Edición especial  
Historia sobre la marcha

*Lucem*

Imagen: Natalia Medina  
Instagram: @natalia.medinam

# ¿“Cesó la horrible noche”?

## Movilización social, violencia y terror

Mateo Quintero López\*

*A la memoria de los que sin miedo se movilizaron, publicaron, registraron y ayudaron para la transformación de un país mejor. A los jóvenes que murieron buscando un futuro esperanzador.*

Banderas, carteles, pancartas, instrumentos musicales, tapabocas y alcohol fueron los elementos utilizados para llenar las calles de color en medio de una pandemia que ya estaba pasando caras las cuentas de cobro por los contagios de un tercer pico. Entre gritos y arengas, bailes y sonidos, los colombianos y colombianas inundaron Medellín, Bogotá, Cali, Cartagena, Pasto, San Andrés, Popayán, Barranquilla, Villavicencio, Pereira, Ibagué, Armenia, entre otras ciudades, pueblos y municipios, pidiendo la eliminación de una catastrófica reforma tributaria propuesta y casi impuesta por el gobierno de turno, especialmente por el que en su momento fue el Ministro de Hacienda, Alberto Carrasquilla Barrera, quien renunció tras la presión popular. En la mañana del 28 de abril comenzó una movilización que llenaría las redes sociales de información y los medios de comunicación de una desinformación, hasta vulgar, que pondría al país en una tensión crítica entre los que simpatizaron con las movilizaciones y los que no. La polarización de las marchas terminó siendo tanto disociadora como peligrosa para los días por venir, donde la violencia intensificó su aparición.

Sin embargo, lo que comenzó como una movilización social en detrimento de las determinaciones del gobierno de turno, sería en las noches una de las peores pesadillas de los últimos tiempos en Colombia. Los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y los jóvenes comenzaban por las provocaciones de los primeros y terminaban entre gases versus piedras, con disparos que cegaban vidas, herían de gravedad los ojos y llenaban de un profundo temor los lugares residenciales. En las tardes y noches también se presentaron ataques a las infraestructuras en las distintas ciudades, creando así una zozobra que desataría una tormenta que aún hoy, cuando se escriben estas líneas, no ha frenado. Además, lo que se llamó y comenzó siendo *pacífico*, para la gran mayoría, terminó llamándose *vandálico* por el resto, especialmente los agentes del Estado que regentan el poder de la nación, los comerciantes y los denominados “gente de bien”<sup>1</sup>.

---

\* Estudiante de último semestre del programa de Historia, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Correo electrónico: [mateo.quintero@upb.edu.co](mailto:mateo.quintero@upb.edu.co).

<sup>1</sup> Esta es la autodenominación que reciben las personas que ha tenido un capital económico oneroso, que han pertenecido a sistemas escolares prestigiosos dentro de los sistemas urbanos y que, en la gran mayoría de las ocasiones, pertenecen a programas académicos universitarios privados. Además, poseen pertenencias materiales de mucho valor económico, entre los que se puede enunciar automóviles, viviendas, fincas de recreo y haciendas, fábricas o tiendas comerciales con un notable grupo de empleados. Sin embargo, paradójicamente en Colombia la “gente de bien”, es también la que pertenece a los estamentos inferiores, los cuales, pese a mantener una calidad de vida regular o precaria, toman el apelativo basándose en argumentos que van en detrimento de las ideologías comunistas y socialistas, o en contra del sistema denominado “castrochavismo”. Hay que anotar, también, que un común denominador dentro de este conjunto es la presencia del catolicismo y cristianismo, la defensa de la derecha a ultranza y la firme convicción de negarse a un cambio político.

Se suma a lo anterior que mediante las jornadas de manifestaciones se derribaron estatuas como símbolo de resignificación cultural, como Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar, Diego de Ospina y Medinilla, Antonio Nariño, el expresidente Misael Pastrana y un soldado que hacía parte del monumento a los Héroes en Medellín. La suma de las comunidades indígenas expandió el plan de movilizaciones, por ejemplo, la Minga del Cauca se desplazó hasta Cali, y la comunidad Misak lideró el derrocamiento de héroes de cobre y la resignificación cultural. Hay que advertir que muchos sufrieron ataques de arma de fuego por liderar los espacios.

La “horrible noche”<sup>2</sup> cubrió el país, un macabro terror levantó las fibras de viejos y jóvenes, un miedo corroyó hasta los tuétanos de muchos colombianos que no habían visto en sus rostros la maléfica cara de la barbarie y la violencia. La muerte estaba en las calles de la ciudad, no solo cobrando vidas, sino también causando un insomnio, las redes sociales dan cuenta de ello. Pero, ¿Qué podía ser tan macabro para que Colombia se mantuviera en un desvelo masivo? ¿Qué pudo ser tan terrible para que el miedo se apoderara de muchos colombianos tan repentinamente? En las tardes los dueños de los locales comerciales de las ciudades temían por los daños de sus propiedades, considerando bajo el título de “vándalo” a todos los manifestantes, dado que consideraron que quien estaba dentro de la marcha era una especie de bandolero que acababa con todo a su paso. Mientras tanto, al caer la noche, el temor se apoderaba de poblaciones enteras y de los manifestantes, que se retiraban buscando el retorno a su hogar. En la noche y la madrugada, por orden de los altos mandos, las fuerzas armadas empezaban una campaña nocturna del terror: tiroteos, bombardeos y muertes que buscaban “pacificar” las calles.

Entre balazos, gases y aturdidoras, los colombianos, especialmente en Cali (Siloé, La Luna y Puerto Resistencia), empezaron a caer muertos en la vía pública donde hacían frente (resistencia como se ha denominado) a los ataques policivos. Días y noches enteras pasaron los colombianos así, entre zozobra, angustia e insomnio, mirando desde los dispositivos móviles cómo se movilizaba el país, compartiendo vídeos de los excesos, y también de los momentos donde la fuerza pública y los marchantes unían esfuerzos para evitar la aparición de más violencia.

Mientras el país se sumía en un desasosiego y una brutal guerra, el Presidente de Colombia, Iván Duque, no pronunciaba palabra, más aún, el director del partido político, al cual el jefe de Estado pertenece, Álvaro Uribe Vélez, no paró de llenar las redes sociales con mensajes que le causaron la censura de *Twitter* y la desaprobación de gran parte del pueblo colombiano y de la comunidad internacional, pues los trinos y videos invitaban a militarizar las calles y desplegar fuego sobre la población civil. Es por ello que el escenario colombiano se empañó de dolor, era como si el conflicto que por tantos años aturdió el país en el campo se desplazara al mundo urbano, por lo que muchos y muchas calificaron las acciones de las fuerzas públicas como una masacre localizada en la ciudad<sup>3</sup>. Si bien Louis Althusser anotaba que el brazo más poderoso

---

<sup>2</sup> La primera estrofa del Himno Nacional de la República de Colombia advierte que la libertad hace un rompimiento que permite a la luz alumbrar las tinieblas, donde asemejan la libertad de la patria con las palabras que Jesús, como Salvador y Redentor, ofreció para aquellos que se condenaron en la tierra por los abusos de los poderes. Es por ello que la idea de “horrible noche” se sitúa en el texto como la brumosa situación donde la libertad se obnubila, se hace brumosa al punto de parecer que ya no está; la “horrible noche” es un referente de injusticia, antidemocracia y abuso.

<sup>3</sup> Véase: Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1879 – 1994* (Bogotá: Editorial Norma, 2003); Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 – 1953* (Bogotá: Editorial Norma, 2001);

del Estado son las fuerzas armadas que deben velar por la protección del gobierno, también y con fiereza por la paz social del pueblo, especialmente, en términos marxistas, el *proletariado*. Dice Louis Althusser:

“El Estado es ante todo lo que los clásicos del marxismo han llamado *aparato de Estado*. Se comprende bajo este término no solamente el aparato especializado (en el sentido estrecho) del que nosotros hemos reconocido la existencia y la necesidad a partir de las exigencias de la práctica jurídica, a saber la policía, los tribunales, las prisiones; sino también, el ejército que (el proletariado ha pugnado con su sangre esta experiencia) interviene directamente como fuerza represiva de apoyo en última instancia cuando la policía y sus cuerpos auxiliares ha sido desbordados por los acontecimientos; y por encima de este conjunto el jefe de Estado, el gobierno y la administración”<sup>4</sup>.

La orden dada se materializó en las ciudades, tropas del Ejército Nacional disparaban en la noche con carros de guerra y helicópteros de combate y el temor se apoderó de ciertas poblaciones, pero otras donde no fue tan bárbara la presencia, la indignación y el dolor llenó los seres. La fuerza pública, encargada de pacificar el conflicto y defender la sociedad, se volvió contra ella, atacando todo a su paso, bañando a la población de miedo puro y duro. Las luces en Cali, Medellín y Bogotá fueron apagadas, dejando a oscuras un pueblo muerto de terror. Eric Hobsbawm, en uno de sus escritos compilados, aducía sobre el miedo que, “el terror como táctica es indiscriminado y moralmente inaceptable, tanto si se ampara en él grupos clandestinos como si lo hacen los Estados”<sup>5</sup>. Razón tenía el autor, las gentes que se sintieron atacadas tenían miedo por los ataques de los marchantes, nominados dentro de la generalidad ya citada como “vándalos”; pero fue terror-pánico, lo vivido por las poblaciones donde la muerte tocó fuerte y desmedidamente las puertas de las viviendas, donde niños y niñas, mujeres, hombres y ancianos, pagaron los excesos de una fuerza armada que no midió sus actos privando vidas, extralimitando sus acciones y violando los derechos humanos del hombre; como fue el caso de Buga donde decenas de niños resultaron afectados profundamente por los gases lacrimógenos lanzados desde un helicóptero. No podría tampoco pasar de largo sin decir que algunos hombres uniformados murieron, es cierto, mientras en sus avanzadas de represión caían en manos de algunos que se abalanzaban sobre ellos buscando causar un daño letal. Uno de ellos fue un Capitán de la Policía, Jesús Alberto Solano. O incluso, muchos policías fueron encendidos en llamas, apedreados y golpeados.

Sin embargo, con miedo y terror, como cada mañana saliendo el sol, en los balcones las banderas se invirtieron haciendo que la franja roja ocupara la amarilla; las cacerolas y ollas sonaron al ser chocadas con cucharas y cucharones, y entre arengas y estribillos popularizados en marchas de años anteriores, el clamor de una justicia social se hacía más grande. En las puertas había agua, comida y elementos para contrarrestar los ataques del gas lacrimógeno: bicarbonato y leche de magnesia, es decir, las familias apoyaban con entusiasmo a los jóvenes marchantes buscando hacer más llevadera la estancia en la manifestación. Otros donaron botiquines para atender urgentemente en el sitio a los heridos, otros donaron dinero para que

---

Marco Palacios, *Violencia pública en Colombia, 1958 – 2010* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2012); Alfredo Molano, *Del Llano llano* (Bogotá: El Áncora Editores, 2008); Francisco Gutiérrez, *El orangután con sacoleva. Cien años de democracia y represión en Colombia (1910 – 2010)* (Bogotá: IEPRI, 2014). Gonzalo Sánchez, *Violencia y política en la sociedad colombiana* (Bogotá: El Áncora Editores, 1991).

<sup>4</sup> Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (Medellín: Editorial Oveja Negra, 1976), 22-23.

<sup>5</sup> Eric Hobsbawm, “Guerra, paz y hegemonía a comienzos del siglo XXI”, en *Guerra y paz en el siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2003), 31.

quienes se mantuvieron en las noches y madrugadas registraran mediante *Facebook Live* e *Instragam Live* lo que sucedía en transmisiones largas que eran acompañadas por famosos de la televisión y la música colombiana, cuyo fin era hacer visible ante un gran público lo sucedido. Así fue como más de 125 mil colombianos vimos el ataque que sufrió Nicolás Guerrero, cuando se le arrebató la vida con un impacto de arma en su cabeza. De igual forma, al pasar las marchas diarias, aplaudían, gritaban y se unían a los cánticos desde balcones y ventanas para apoyar a las masas que llenaban las calles. No se puede dejar de lado que la población flotante de la calle se unió, lo mismo que muchos vendedores ambulantes. Y, de suma importancia, se tiene que mencionar que muchos uniformados ya de la Policía Nacional, del Ejército Nacional y del Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Policía Nacional (ESMAD), cumplieron su misión en medio de lágrimas, de desgano y tristeza, hasta el punto de querer desvincularse del cuerpo armado al ver que en los enfrentamientos lo único que conseguían era muerte.

En la periferia los peajes se consumieron en cenizas luego de ser incendiados por los manifestantes. Los camioneros aportaron lo suyo taponando las vías, dejando las cargas en la mitad de la nada y cortando la movilidad de otros que, sin estar convencidos totalmente de parar y hacer parte del Paro Nacional, querían avanzar. Buenaventura fue taponada por cuatro contener impidiendo el intercambio de mercancías entre uno de los puntos más importantes para el comercio y la economía con el resto del país.

Con todo y eso, un factor criticado fueron los medios de comunicación, los cuales desinformaron y negaron información creando “un rostro oficial” y borrando “el rostro real” que las redes sociales le mostraron al país entero y la comunidad internacional. Por una parte, las noticias cotidianas, al igual que las prensas, mostraron a los marchantes la mayoría de las veces en un estado de salvajismo agudo, negaron los excesos policiales y transformaron la información creando *fake news*. La violencia fue negada unilateralmente, pues para los medios y las comunicaciones gubernamentales, las fuerzas armadas estaban operando con contundencia y templanza, y los muertos, no eran ni siquiera mencionados. Elsa Blair anota que “la realidad de la violencia en el país se niega todos los días como si ocurriera en otra parte, o peor aún, como si estuviera ocurriendo sólo en los dominios de lo imaginario”<sup>6</sup>. No distinto fue lo que los medios elaboraron: un extravío de información, negación de noticias y distorsión de lo registrado, como fue el caso de uno de los noticieros de renombre en el país que con imágenes de Puerto Resistencia (Cali), mientras manifestaban el descontento sobre la reforma tributaria, el titular rezaba: “Celebración por cambio en la reforma”.

Nadie celebró eso, puesto que el ideal era tumbar la reforma, no modificarla. Es por ello que a partir de las noticias y los titulares se puede inferir que los medios están al servicio única y exclusivamente del poder entronizado, buscando encubrir y embellecer figuras que en la realidad están devaluadas. Para los manifestantes, y una notable población colombiana, el gobierno de turno no era más que un “genocida”, “masacrador”, “asesino” y “homicida”, los vídeos lo sostenían, los comentarios lo ratificaban y la comunidad internacional lo demandaba; pero, por otro lado, los registros audiovisuales de otros colombianos mostraban policías y militares entre abrazos, oraciones y *velatones*<sup>7</sup>, poniendo de esta manera al país en una notable división en medio de la difícil coyuntura. Una de las imágenes más dicientes se dio en los

---

<sup>6</sup> Elsa Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005), 5.

<sup>7</sup> Manifestación ultrapacífica donde las velas blancas se encienden buscando simbolizar unidad y fraternidad entre los distintos cuerpos sociales.

primeros días cuando frenaron un enfrentamiento entre antimotines y marchantes para comer, compartiendo ambos grupos el mismo alimento.

Sin embargo, el miedo era la bandera. Con el terror enclaustrado en el cuerpo, los jóvenes (población masiva que asistió a las marchas) pensaban que podrían ser los próximos caídos, pero ni así se restringieron de asistir, caminar y resistir, aún sabiendo que una noche atrás habían asesinado unos, desaparecido otros y herido muchos. Wolfgang Sofsky anotó: “el hombre es el único ser vivo sobre el que pesa la consciencia de la muerte”, añadiendo, “solamente él sabe que morirá. Su vida está ensombrecida por esa certeza. Infectada de miedo a la muerte. Mas para, aun así, poder vivir, debe actuar como si no tuviera que morir”<sup>8</sup>. En consecuencia, los jóvenes, aunque viendo morir a Marcelo Agredo, Santiago Murillo, Nicolás Guerrero, Brayan Niño, Elvis Vivas, Juan Diego Perdomo, doña Jovita, Daniel Azcárate, Dadimir Daza, Lucas Villa, y otra gran cantidad confirmados quienes marchaban o se mantenían en el interior de sus casas, no dudaron en volver a las calles y ocuparlas pidiendo en una nueva jornada el respeto por la vida, la democracia y la seguridad de los ciudadanos. Sobre lo anterior, viene bien traer a colación a Milan Kundera, quien escribió que “el hombre lo vive todo a la primera y sin preparación. Como si un actor presentase su obra sin ningún tipo de ensayo”<sup>9</sup>.

Así, sin ensayo, improvisando y con mucha valentía, gritando “¡Resistencia, resistencia, resistencial!” los jóvenes cubiertos con trapos en la cara, con escudos que no eran otra cosa que media caneca o un aviso de tránsito, decenas de piedras y valor para devolver o desviar cada gas lanzado por las fuerzas armadas, fueron quienes en líneas enfrentaron la fiera de las armas y ganaron, que quede claro, no todo el apoyo nacional, pero sí el de un gran número de colombianos quienes vieron en ellos la nueva alternativa de lucha y movilización social. Lo mismo que aquellas mujeres que encararon policías rechazado los abusos sexuales carnales violentos (la mayoría dentro de los CAI), las amenazas y las injurias, por lo que, pintando su cuerpo, con carteles que consignaban mensajes altamente sugestivos, gritaron no solo su descontento, sino también su indignación, impotencia y rabia; fueron ellas heroínas de un proceso de resistencia ante el sistema patriarcal que tiempo atrás ya había comenzado su lucha.

La movilización en Colombia buscó desde el primer día llevarse a cabo de manera pacífica, ordenada y persiguiendo los ideales de la transformación y el cambio, los cuales de manera paulatina, se fueron logrando: tirar al piso el proyecto reformador que apreció en el momento en que la economía colombiana ha tenido su peor pasada, la renuncia del entonces Ministro de Hacienda, Carrasquilla, el cual abdicó al tercer día del Paro Nacional, la suspensión del programa televisivo del Presidente, cuyo valor monetario era exorbitante, y la unión de un pueblo que se cansó del atropello, de la politiquería cargada de eufemismos y de los excesos de poder. Sin embargo, las movilizaciones siguen su rumbo en pro de una reforma de la salud que realmente sea consecuente con las necesidades del país, la mejora de la seguridad y una reforma al sistema policial y militar.

### **A modo de cierre**

Benedict Anderson en su notable escrito, *Comunidades imaginadas*, pensó la idea de nación de una manera rompedora en su momento, pero que hasta hoy, como Eric Hobsbawm, han sido utilizados de manera crítica para replantear problemas estructurales que han sido gestados con

<sup>8</sup> Wolfgang Sofsky, *Tratado sobre la violencia* (Madrid: Abada Editores, 2006), 215.

<sup>9</sup> Milan Kundera, *La insostenible levedad del ser* (Barcelona: RBA, 1993), 12.

el trasegar del tiempo. Anderson pensó la nación como un territorio *imaginado, ilimitado, soberano* y como un a *comunidad* imaginada porque, según el autor, los miembros pertenecientes a ella, pese ser grande o pequeña, no se conocerán en su totalidad, obligándolos a pensarse en la imaginación ellos “en la mente de cada uno vive la imagen de su comunidad”<sup>10</sup>. Es ilimitada porque “tiene fronteras finitas, aunque elásticas”<sup>11</sup>, es decir, se limita en fracciones territoriales, se compone por unas poblaciones que se identifican por vivir sectorizadas con sus costumbres propias, pese a que todas estén cobijadas por un territorio general. Es soberana debido a que la libertad es un emblema que identifica la nación como “Estado soberano”<sup>12</sup>. Y, finalmente, es una comunidad porque “independiente de la desigualdad y la explotación que en efecto pueden prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”<sup>13</sup>.

Colombia, en estos términos, se ha imaginado desde un marcado regionalismo que la ha fragmentado en piezas disociadas, regionalismos que se convierten no sólo en un espectro de identidad, sino que se han convertido en estandartes para una guerra discursiva, simbólica y lingüística donde una región busca sobrepasar a la otra. Su limitación parece ser más finita de lo normal pues lo ajeno se ve como un extraño, como un enemigo; su soberanía es violada día a día, ya por las políticas atroces, o por el poco compromiso de una enorme cantidad de ciudadanos que ven en la nación una oportunidad de lucro y no de lucha. Y es una comunidad sólo cuando ciertas festividades, especialmente las deportivas, la convocan a la evocación del jolgorio y el ocio.

Este Paro Nacional nos puso en tensión, la polarización fue notoria, tanto como aquel 2016 cuando el Si y el No se enfrentaron en las urnas y la coyuntura del proceso de paz disoció cualquier intento de unidad. Sin embargo, en medio del caos, de la desunión y segregación, la solidaridad de un pueblo se hizo notable. La comunidad imaginada tomó poder: la soberanía violada, en este caso por las fuerzas armadas, se buscó remendar dentro de las movilizaciones cuando el himno nacional, criticado constantemente, se entonó buscando en él un llamado a la paz y la reconciliación; sin embargo, fue también el punto de referencia para hacer resistencia a un poder enconado hace largo tiempo. Colombia se vio como comunidad en el mismo momento en que nos imaginamos la vida de los otros dentro de las borrascosas noches, jugando allí un papel fundamental la empatía y la solidaridad. El compañerismo que señala Anderson se vio en claves discursivas tales como “Nos están matando” o “El pueblo unido jamás será vencido”; incluso desde los recursos cibernéticos como, por ejemplo, los *hashtags*, que no son otra cosa que claves clicaves, entre los cuales se hicieron virales el #SOSColombia o #Colombiaenalertaraja, permitiendo que la comunidad nacional interactuara desde los dispositivos móviles. La idea de comunidad horizontal hizo que Colombia, en medio de la resistencia, se uniera con un mismo fin: soportar las dificultades de una cotidianidad impuesta, luchar en pro de una transformación inclusiva, el trazado de objetivos comunes y el bienestar social. De ahí que desde las viviendas y los gremios las donaciones fueran dadas, pensadas como herramientas útiles para la manutención de las movilizaciones que se convirtieron en una esperanza colectiva.

---

<sup>10</sup> Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 23.

<sup>11</sup> Anderson, *Comunidades imaginadas*, 25.

<sup>12</sup> Anderson, *Comunidades imaginadas*, 25.

<sup>13</sup> Anderson, *Comunidades imaginadas*, 25.

Finalmente, resta mencionar que Colombia ha sido una nación que ha escrito su historia con plomo y sangre, que ha visto caer en el campo y en la ciudad miles de hombres y mujeres que luchaban por un futuro esperanzador. Nuestro país se ha empañado en una bruma de terror-pánico ante la violencia. Sin embargo, la hemos naturalizado a tal punto que, ante cualquier situación difícil, la hemos pensado como solución inmediata. El Paro Nacional, visto pésimamente por una notoria población, ha sido asumido por la otra, —una mayoría considerable— como un parteaguas para retomar los diálogos de paz, la transformación política y la inclusión social en un sistema administrativo que ya es decadente y aletargado. No obstante, como todas las luchas nacionales, ésta también ha dejado unos saldos lamentables donde, como se dijo líneas atrás, policías y jóvenes marchantes han muerto, hay decenas de personas que no aparecen, hay excesos militares y una gran cantidad de heridos que reposan en hospitales buscando recuperarse. Aún hoy, cuando estas líneas se elaboran, el país sigue en un conflicto intestino, donde los problemas han ascendido al punto en que ciertas zonas, especialmente en el Valle del Cauca, la población civil se enfrenta contra la misma población civil. Con eso y con todo, queda entonces preguntarse ¿Colombia debe poner más muertos, más luchas, más coyunturas abruptas, más polarización y rencores para conocer la paz, la reconciliación y el bien común?

## Bibliografía

- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Medellín: Editorial Oveja Negra, 1976.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Blair, Elsa. *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005.
- Gutiérrez, Francisco. *El orangután con sacoleva. Cien años de democracia y represión en Colombia (1910 – 2010)*. Bogotá: IEPRI, 2014.
- Hobsbawm, Eric. "Guerra, paz y hegemonía a comienzos del siglo XXI". En *Guerra y paz en el siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2003. 19-40.
- Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser*. Barcelona: RBA, 1993.
- Molano, Alfredo. *Del Llano llano*. Bogotá: El Áncora Editores, 2008.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1879–1994*. Bogotá: Editorial Norma, 2003. Palacios, Marco. *Violencia pública en Colombia, 1958–2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Pécaut, Daniel. *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930–1953*. Bogotá: Editorial Norma, 2001.
- Sánchez, Gonzalo. *Violencia y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Áncora Editores, 1991.
- Sofsky, Wolfgang. *Tratado sobre la violencia*. Madrid: Abada Editores, 2006.